

la guerra. Claro que, como afirman las voces de *Sefarad*, ese intento de escapar de la complicidad es inútil.

Antonio Muñoz Molina se vuelve a presentar como alguien a quien toda percepción se le transforma en un pensamiento mediado por el lenguaje. Por eso, el capítulo I, SACRISTÁN, remite a *Beatus ille*, al espacio de Úbeda en el que ya consiguió una posición, digamos, optimista con relación al mundo o al mercado, al margen de la línea trágica de los personajes o de lo que narre en cada momento. El yo no encuentra su pasado ni su presente. Aunque también existe otra posibilidad para

enfrentarse con la carencia: el arte, la literatura. Porque el pasado –incluso el de la historia de la desgracia nazi– tiene un carácter, digamos, cósmico, existe en sí: «Vivir en él, en el pasado, que más quisiera yo» (p. 23). El problema es que un yo –y sus múltiples voces, como ocurre en *Sefarad*– nunca está legitimado: ni por la sociedad o la historia ni por la percepción que tiene de sí mismo (ni siquiera ser miembro de la RAE sirve). El yo, pues, ni se afirma ni se destruye, se despateiza en la escritura.

Sonia Fernández Hoyos



Tarsila do Amaral: *Morro de favela* (1924)

América en los libros

En otro orden de cosas, Fogwill, Barcelona, Mondadori, 2001, 195 pp.

Su nombre completo es Rodolfo Enrique Fogwill, pero prefiere firmar Fogwill «probablemente por una especie de megalomanía. ¿Quién dice Guillermo Federico Hegel?» Mondadori ha publicado en España otras dos obras suyas: *Cantos de marineros en la Pampa* y *La experiencia sensible*. No sólo es un singular novelista que sostiene que «no habría que privarse de escribir novelas /.../ Especialmente cuando urge la certidumbre de que cualquier otra cosa que uno emprenda tendría aún peores resultados», sino también crítico, ensayista, cuentista y poeta. Lector, entre otros, de Weber, Lévi-Strauss, Jünger, Gandolfo, Saer, Briante y Borges, es un escritor admirado por unos y denostado por otros a los que no duda en contestar (cuando Piglia le acusó de ser «el Guillermo Patricio Kelly de la literatura», Fogwill respondió: «dentro de 50 años van a preguntar ¿quiénes serán ese Piglia y ese Kelly que se pelean por Fogwill?»). En cualquier caso es un autor que no deja indiferente. Desconcierta, sorprende y causa extrañeza porque le gusta ir en contra de lo que el lector espera.

En otro orden de cosas, como dice su autor, «sea una novela, un relato o un mero equívoco literario», es la crónica de un periodo de Argentina: 1971-1982, años que dan título a los diferentes capítulos de este relato sobre los que el autor proyecta parte de su vida. A lo largo de estas páginas desfilan un montón de personajes, generalmente sin nombre propio; sabemos que son hombres o mujeres, él o ella, compañeros, los peones, uno de bigotitos... pero será el orden del personaje que se imponga definitivamente, mientras que las cosas que lo determinan y lo hacen posible resultan incomprensibles.

Fogwill parte de la idea de que «el mundo es lo que sucede fuera del alcance de toda voluntad», para ofrecernos una novela de irritante estructura y cuidada escritura. Texto perspectivístico que va de la relación de una pareja, a la revolución, al trabajo del obrero, al empresario, a los funcionarios, expertos en cultura, responsables de la globalización de Sudamérica. Todo ello contribuye a descubrir el pesimismo de este escritor convencido de que «ninguna diferencia, por notable que fuese, modificaría las cosas en lo fundamental».

Fogwill atribuye una condición azarosa a la escritura «porque jamás

sabremos qué cara del mundo emergerá al cabo de tanto trabajo dilapidado de escribir». *En otro orden de cosas*, además de perplejidad, permite considerar a este escritor como un transformista de la ficción que no duda en pasar revista de una manera mordaz a doce años fundamentales de la historia argentina, aspectos que definen al autor de *Los pichiciegos* como un narrador vigoroso, incómodo y provocador, al que, quizá, pueda achacársele un estilo frío al haber proyectado, demasiado, sobre el lenguaje el tono del ensayo. Un escritor atípico incluso en lo personal (comenzó siendo sociólogo para convertirse en investigador de mercados, coqueteó con la guerrilla, estuvo preso y actualmente es asesor de una fábrica de golosinas chilena) que confiesa: «sólo me importa escribir. Tal vez escribo porque busco la verdad».

Nombre falso, Ricardo Piglia, Barcelona, Anagrama, 2002, 189 pp.

Esta excelente y única colección de relatos, confirma, sin lugar a dudas, a Piglia, no sólo como uno de los escritores más consistentes, sino como uno de los escritores imprescindibles de la actual narrativa argentina. Seis relatos de incalculable valor que van de lo irreverente e iconoclasta literario, al

respeto por la tradición y a la experimentación más original y personal. Aspectos que denuncian a un escritor-esponja, siempre abierto y siempre en duda con la estética. Son relatos a los que, conscientemente, Piglia conduce al límite y en los que rompe con las fronteras entre los géneros, hasta el punto de que se entremezclan el escritor y el crítico literario, lo autobiográfico y ficcional, obligando al lector a leer de otra manera.

Fiel a la preferencia por títulos contruidos a base de sintagmas nominales breves, Ricardo Piglia ensancha con su permeable lucidez las fronteras de la ficción al hacer confluir el documento histórico con la literatura, la ambigüedad entre lo apócrifo y lo verídico, gracias a una forma de variados registros lingüísticos. El autor de *Respiración artificial*, se inspira en hechos reales, escribe sobre historias que ya existen, lo cual es para él «un modo de afirmar la autonomía de la literatura». Piglia piensa que al tener la realidad «una lógica esquiva», resulta más difícil «contar hechos verídicos que inventar una anécdota, sus relaciones y sus leyes», pero, por otro lado, el escritor argentino sostiene que «puedes violentarla con la ficción».

No deja el autor de *Prisión perpetua* de volver a reflexionar, con punzante ironía, en el relato que da título al volumen, sobre la escritura («la literatura es una falsificación.

Los escritores no pueden escribir si no copian /.../ si no roban: ahí tiene un retrato del escritor argentino»); los críticos literarios, que son «como detectives, como administradores del arte cuya función es la de regular la circulación y la venta de libros en el mercado. Todo crítico es un escritor fracasado». Este relato se mueve entre la investigación literaria, no faltan citas, hipótesis, lecturas, notas a pie de página, aspectos que traen ecos borgianos, y la ficción, pero, sobre todo, *Nombre falso* es un homenaje a otro escritor argentino, Roberto Arlt al que Piglia rescató para incluirle en la tradición literaria argentina.

Espléndido libro de maravillosa concisión e intensidad, pero, también, de una inquietante y extraña tensión entre ficción y realidad, quizá porque para el autor de *Formas breves*, «lo real es una red incierta de versiones y testigos múltiples». En definitiva, un volumen al que Piglia, como es característico en él, se ha entregado con alma y vida desde la certidumbre de que «se escribe desde donde se puede leer».

Los Ángeles-Sur, Carlos Rubio Rosel, *Galaxia Gutenberg*, Barcelona, 2001, 181 pp.

Al escritor mexicano Carlos Rubio Rosel (1963), colaborador de

diarios como *El Nacional*, *La Jornada* o *Punto* y corresponsal en Madrid del mexicano *Reforma*, se le nota el oficio del periodismo. Según él, la profesión le ha enseñado «la endeble frontera entre realidad y ficción y cómo ésta puede apropiarse de la realidad y transformarla en literatura».

Un ajuste de cuentas y el deseo de venganza, vertebran esta trepidante narración. A velocidad desenfrenada, el Pocho, un chicano hijo de inmigrantes mexicanos, buscará a los culpables del encarcelamiento de su hermano. A bordo de un Mustang escarlata de 1968, recorrerá a 180 km. por hora la autopista panamericana. Un viaje que le llevará de Estados Unidos a Méjico, Guadalajara, Guatemala, Tegucigalpa, Honduras, Costa Rica, Panamá y Colombia. Periplo que podría resumirse en un binomio enfrentado: Estados Unidos «bestia hambrienta que lo devoraba todo /.../ y cuyo máximo poderío se cimentaba en el robo, la codicia, el engaño y la fuerza militar». Un lugar constituido por demenciales ciudades, un país de encontrados sentimientos raciales, en el que te conviertes en sospechoso por tus rasgos físicos. Un estado criminal y delincuente contrapuesto a Sudamérica diversa, unida por una cultura común: la precolombina, formada por ciudades fronterizas de paso, sin ley, de chabolas improvisadas, habitadas por yonquis, guetos de inmigrantes